



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10891

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 23 DE FEBRERO DE 1898

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Canmarlin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

### CAMILO PÉREZ LORBE

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extracción y desagües. Especialidad en cables y cuerdas de abacá, acero y hierro.

Vías, rails, wagonetas, picos, martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquinaria

### INTERESANTE

Ha regresado á esta el afamado y conocido especialista en las enfermedades de la boca,

DR. OVIDIO CIGNI COMASTRI,

que ofrece sus servicios á su numerosa clientela y al público en general

Calle Honda, 11, principal.

Consulta permanente y á domicilio.

## LA CUARESMA

### MIERCOLES DE CENIZA

Hoy empiezan los santos días de Cuaresma, consagrados al recuerdo del ayuno y apartamiento del mundo, que estableció con su ejemplo el Divino Fundador del Cristianismo.

¿Qué es la Cuaresma? La Cuaresma es el tiempo consagrado por la Iglesia á la oración y á la penitencia, en conmemoración de aquellos cuarenta días que Jesucristo pasó en el desierto, en el ayuno y alejamiento de los hombres, preparándose al gran misterio de su pasión y muerte.

La Iglesia ha querido destinar una época del año al recuerdo de

la pasión y muerte del Salvador, del cual quiere que los fieles saquen provechosa enseñanza. Por eso abre la cuaresma con aquellas palabras que Dios dijo á nuestro primer padre después de su pecado:

«Acuérdate, hombre que eres polvo y en polvo te has de convertir.»

Recuerdo con el cual vienen á tierra todas las grandezas humanas, que sucumben en la tumba:

En la sencilla cuanto solemne ceremonia del Miércoles de Ceniza, se encuentran resumidas grandes enseñanzas para los cristianos, que deben servir para su edificación: hacer penitencia, revestido con ornamentos morados, después de rezar varias oraciones y salmos penitenciales, bendice la ceniza y en forma de cruz la coloca sobre la frente de los fieles, que de rodillas la reciben. Esta ceniza es una imagen fiel de lo que no muy tarde hemos de ser, que nos hace comprender cuán necios somos en afanarnos por las cosas del cuerpo, y cuánto nos importan las del alma, que no se convierte en ceniza.

Por otra parte, nos recuerda, para nuestra edificación, aquellos primeros cristianos que en penitencia de sus fallas se cubrían de ceniza y polvo, y así se presentaban en las puertas de los templos; nos recuerda los tiempos del Antiguo Testamento; cuando David, los ninivitas y otros personajes de aquellas épocas, usaban de la ceniza en señal de penitencia y de duelo. A estos recuerdos, capaces de inspirar un fervor que, desgraciadamente, ya no existe en estos tiempos, se unen los de la Pasión y muerte de Cristo, que la Iglesia,

siempre vestida de luto, conmemora durante la Cuaresma y la Semana Santa. Jesús haciendo el bien por todas partes; dando ejemplo de obediencia á todas las leyes divinas y humanas; sometiéndose humildemente á su augusta Madre y á las autoridades legalmente constituidas; dejándose abofetear, burlar y escarnecer de sus crueles enemigos; padeciendo los más horribles tormentos y muriendo en el afrentoso suplicio de la cruz, pero implorando el perdón para sus enemigos, y todo esto por amor al hombre, y para enseñarle como ha de vivir; son enseñanzas que, si por una parte conmueven el alma, por otra sirven también para regenerarla, y hacer que la sociedad marche por el camino del bien, haciendo que los hombres respeten todos los derechos, empuñen con todos los deberes, y más todavía enseñándoles á ser compasivos, indulgentes, amorosos y caritativos con sus semejantes, aunque á ello no estén obligados especialmente ó en casos particulares, como lo están cuando el deber y el derecho están de por medio

X.

## RAPIDA

Ya pasó.

Como si todo el año no fuera un pleno Carnaval, en estos pasados tres días, la locura humana ha llegado al máximo de la demencia.

Durante el Carnaval, alegría, lagrimas, disgustos y sinsabores.

La historia de todos los años.

Hoy, todo ha cambiado.

En vez de asistir á los bailes, cubierta la cara con un antifaz, han ido al templo á recibir la ceniza en la frente.

Ayer, bulla y jaleo.

Hoy oraciones al Todopoderoso, para desagraviarlo de las ofensas que se le han inferido en estos días.

¡Dobilidad humana!

X.

## DOLORA

La niña es hermosa, hermosa como el cielo; blanca, rubia.

Pero la niña se muere... No se sabe qué enfermedad la aqueja. Se muere sin dolor alguno. Se muere tranquila como la luna cuando se esconde.

Los cabellos rubios se extienden por la almohada. La cabecita reclinase allí sobre los cabellos rubios... Parece una azucena dormida sobre un rayo de sol.

A un lado del lecho está su madre, una viejecita rugosa y triste. A otro lado del lecho está su novio, un apuesto doncel. La enferma no vé á su madre: las moribundas pupilas se clavan en el hombre. Le hace una señal, se inclina él y ella le dice muy bajo, muy temblorosa:

—¡Voy á morir! Antes de que me cubra la tierra... ¡no lo olvides! allí mismo, al borde de la fosa bésame para que tu beso me acompañe en la eterna soledad.

El hombre promete. La madre oye... y llora de rodillas en silencio.

Muere la virgen. La tierna paloma batió sus alas y fijó su nido en la inmensidad. La cubre todo un velo; se vé su rostro de nácar; se vé su frente... se frente y su rostro se ornamentan con una aureola de luz! ¡Son sus cabellos rubios!

Caminan al cementerio. Una viejecita rugosa y triste vá detrás, muy detrás... Nadie la vé.

Ya está el ataúd al borde de la fosa... Ya no alumbran los cirios á la niña... Ya acaban los rezos... Ya van á enterrarla.

—¡Esperad!—dice la madre.—Esperad á que él venga y la beso. Esperad á que cumpla lo que ofreció.

Esperan. Todos están conmovidos. Pasa tiempo... Van á enterrarla.

—¡Esperad! ¡esperad!—dice la madre de rodillas, con los brazos rendidos.

Esperan. Todos están tristes... Pasa tiempo... Van á enterrarla.

—¡Esperad!—dice la madre con desgarrado grito de súplica.—Se condenaría él, y ella no encontrará reposo.

Esperan. Todos están impacientes. Pasa tiempo... Van á enterrarla. La

madre se arroja sobre el ataúd y dice hablando con la muerta:

—Por su beso te olvidaste del mío... Ya que él no viene, deja que yo te beso por él.

M. Martínez Barrienuovo.

## GLORIAS NACIONALES

### Asalto y conquista de Ruvo (Nápoles.)

23 de Febrero de 1503.

En su deseo de conquistar laureles para su patria y de dar gloriosa cima á la guerra que en el reino de Nápoles sostenía el soberano aragonés con el de Francia, Luis XII, Gonzalo de Córdoba, el justamente llamado Gran Capitán, no desperdiciaba ocasión de combatir al francés, y por esto, cuando fué sabedor de que el duque de Nemours había partido de Ruvo á Castellaneta con parte de la guarnición, para castigarla por haberse pasado algunos habitantes al partido del aragonés, al frente de todas las fuerzas de que disponía 3 000 infantes y 1.000 jinetes marchó sobre Ruvo, á la que sitió en regla y cual si la defendieran fuerzas muy superiores á las que dentro tenía. Batidas sus murallas y aporillado uno de los lienzos, organizó el asalto, llevándose á efecto el 23 de Febrero de 1503.

Si bravo y heróico fué el comportamiento de los españoles, no lo fué menos el de los franceses. Mandaba á estos el señor de La Paliza, quien, cual correspondía á la fama que de experto y valeroso militar gozaba, preparó y realizó una defensa brillante y digna por todos conceptos de ser tenida como ejemplar.

El asalto se dió penetrando Gonzalo de Córdoba con la mayor parte de su gente por la brecha, al mismo tiempo que García de Paredes, auxiliado de escalas perchas, escalaba la población por el lado opuesto.

No obstante esta doble acometida, La Paliza y los suyos se defendieron muy bien, y solo cuando las calles de Ruvo estaban sembradas de muertos y heridos, ó mejor, cuando ya toda resistencia no servía más que para hacerse ma-

ces ilusiones que destrazan el corazón y el espíritu! No pensemos sino en darnos el último adiós... El adiós de la despedida. Sea este el perfume de nuestro pensamiento que se remonta al cielo... En él nos volveremos á ver.

El acento doloroso de Enriqueta, sus lágrimas, su actitud, revelaban la lucha de su interior. Consideraba casi omnipotente la voluntad de su padre, y apenas se atrevía á fijar su atención en la atrevida y dulce esperanza que acababa de presentarle el conde de Santisteban.

Este inclinó la cabeza cuando conoció lo que pasaba en aquel corazón.

Todo había sido brusco, repentino, inesperado. Era menester dar lugar á la reflexión, luz de vida y de consuelo en medio de aquel océano tenebroso.

Los dos jóvenes se volvieron á mirar como implorando cada cual menos dureza en la suerte, mas grandeza en el alma y menos obstinación en el destino.

—Lo veo, murmuró por último el conde; vos no me aisla. Eso que habeis sentido por mí ha sido una ilusión rápida y deslumbradora de vuestra vida. Nada mas. Yo venia soñando en la felicidad, y solo he encontrado el desencanto. ¡Humo ligero arrastrado por el viento de la desdicha! ¡Ah! perdonadme.

inclinaciones no he tenido mas pensamiento que arrancaros de una opresión indigna para haceros mi esposa. No tembleis, Enriqueta, al escuchar esta palabra. Mi afán no es otro sino investirnos con el sagrado título que Dios concede á los que se aman como nosotros. Ha llegado el instante y es menester obrar. De lo contrario os perderia para siempre y nuestra desesperación sería eterna. ¡Oh! no. En valde hubiera corrido en ocho días multitud de leguas con el fin de arrancaros de la tiranía que pesa sobre vos. Mi nombre, mi título y mi fortuna, son bastantes para escudaros contra el insensato furor de vuestro padre, si éste por desgracia intenta oponerse á nuestros proyectos.

Enriqueta cayó anonadada en su asiento; el conde estrechaba las manos de su amada entre las suyas con la pura enagenación de su cariño.

—¡Oh! no guardéis silencio, prosiguió el conde casi delirante. La noche nos hace traición; las horas que trascurren nos roban preciosos momentos que debemos aprovechar. Enriqueta... ¿Queréis ser mi esposa?

—Dejadme, dejadme, contestó repeliéndolo dulcemente. ¡Qué puedo yo deciros! La voluntad de mi padre es invencible y no tengo otro porvenir sino el convento que aguarda. ¡A qué pensar en esas fuga-

lla escena providencial. Usamos de esta palabra porque era así. Enriqueta estaba libre y su honor no sería manchado.

Después que fueron calmándose las primeras sensaciones, luego que se tranquilizaron de la emoción que habían sentido, acudieron las palabras á los labios para revelar lo que sufrían y gozaban en aquellos supremos momentos.

—¡Enriqueta! exclamó el conde besando la orla de su vestido.

—¡Oh! alzad, murmuró ésta, mirándolo con asombro y cariño. Yo no sé como he tenido valor para consentir en esta peligrosa entrevista. Pero es la última vez y debo aceptarla.

Un suspiro doloroso se escapó de los labios de la joven.

—¡Por la última vez! repitió Santisteban con el acento de la desesperación y mirando á Enriqueta con el gesto de la duda.

—Si; olvidais que mi porvenir es un convento; que ese porvenir está delante de mis ojos, y que mañana tal vez sea arrancada de este mundo para ir á perecer en el fondo de un claustro?

—¡Oh! exclamó el conde lanzando un rugido; no, no. Eso es imposible. Yo no puedo consentir que vuestra voluntad sea violentada hasta ese extremo.